

**Testimonio Vocacional:
Sor Eliora M. J.**



¡Paz y bien! Soy Sor Eliora (un nombre un poco raro que significa “Dios es mi luz”): Sor Eliora Maria Joy (es decir, “Alegría”). El nombre es un poco un símbolo de mi viaje espiritual, pues Dios ha **iluminado** mi camino, a través de **María** (y de la Iglesia Católica), para llevarme cada vez más plenamente a la **alegría** a través de mi vocación en esta familia religiosa.

Nací en Phoenix, Arizona (E.U.), y crecí en una familia protestante. Mi mamá me enseñó desde pequeña a leer mi Biblia todos los días; mis papás y yo orábamos juntos todas las noches, por lo general íbamos a la iglesia los domingos y yo hacía parte del grupo juvenil de la iglesia. Era una persona tranquila, introvertida, poética, atraída por el silencio y por la belleza de la naturaleza. Tenía talentos académicos también: me gradué como una de las dos mejores alumnas de mi clase de prepa, y en la universidad estaba entre el 10% de los mejores estudiantes (era una universidad privada en Artes Liberales, donde obtuve mi licenciatura en Literatura Inglesa con una especialización en lenguas clásicas). Luego obtuve una maestría en humanidades y me sumergí en mi carrera de maestra. Pensé de pasar toda la vida en este mundo académico. Me encantaba mi trabajo, las materias que enseñaba y los alumnos a los cuales les enseñé, y en mi tiempo libre me gustaba mucho escribir (poesía y prosa) en el esfuerzo de encontrar palabras justas para la belleza maravillosa de la creación y de la vida.

Sin embargo, a medida que avanzaba en mi carrera académica, desde la prepa hasta hacerme maestra, también se había desarrollado otro viaje: mi anhelo de encontrar a Dios de una manera más concreta y más tangible, habían comenzado a atraerme los sacramentos mientras estaba en la universidad, y en el transcurso de seis años pasaba gradualmente del protestantismo al anglicanismo y por fin al catolicismo.

El 22 de mayo de 2015, cuando tenía 25 años (y 2 años de carrera docente), recibí el sacramento de la confirmación católica.

Lo tenía todo... Y no me bastó

Después de hacerme católica, ¡pensé que no tendría que tomar más decisiones grandes en la vida! Estaba metida por completo en mi “trabajo ideal”: era maestra en una prepa prestigiosa, donde enseñaba latín, literatura, y poesía (además de ser decana de estudiantes). Tenía éxito en mi carrera... por lo general les caía muy bien a mis alumnos y colegas, y ellos a mí. Vivía en un apartamento bonito cerca de un parque enorme (un detalle importante, ya que la naturaleza me encanta) y podía viajar a Europa durante mi tiempo libre de verano. Me involucré rápidamente en las actividades de la parroquia, donde ayudaba a guiar un grupo de mujeres, el programa de RICA, y el grupo juvenil. Iba a Misa casi todos los días antes de ir al trabajo, y a menudo en la tarde, antes de regresar a casa, pasaba unos minutos en adoración eucarística. Me había enamorado pocas veces después de graduarme de la universidad, y había salido con un chico unas veces, pero nunca había encontrado la paz con la idea de casarme. En ese entonces, estaba contenta de estar soltera.

En pocas palabras, tenía todo lo que había pensado que quería en la vida. **Sin embargo, algo faltaba.** Mientras mis colegas se metieron siempre más profundamente en cosas buenas de este mundo (la familia, la educación superior, la carrera docente), yo me encontré buscando incansablemente algo diferente, “algo más”. Este “más” me llamaba como canto de sirena cuyas palabras no entendía; solo sentía la inquietud, el vacío, la sensación de que las cosas que mis amigos encontraban sólidas y sustanciosas para mí se volvían huecas e insustanciales al tocarlas, y no sabía lo que podía encontrar más allá.

El Evangelio del día, el lunes después de la confirmación, fue el pasaje de Jesús y el joven rico: “*Vende todo lo que tienes, y tendrás tesoro en el cielo, después ven y sígueme*”. Esas palabras resonaron dentro de mí con una urgencia desconocida, y me puse a preguntarme qué podrían significar para mi vida.

El llamado

El verano de 2015 fui una de los 16 maestros aceptados para participar en un programa de la Fundación Nacional para los Humanidades: un curso de cinco semanas sobre la *Divina Comedia* de Dante en Siena, Italia. Era un curso secular, pero esas cinco semanas se volvieron como una peregrinación privada, yendo a rezar ante el Santísimo Sacramento en las diversas iglesias de Siena y asistiendo a la Misa casi diario en la iglesia donde había vivido Santa Catalina de Siena. El momento más importante para mí, por mucho, fue el único fin de semana libre que nos concedieron durante el curso. Casi fui a Venecia con mis amigos de la clase, pero al final decidí ir sola a la montaña llamada La Verna, donde está un monasterio franciscano, es el lugar en donde San Francisco de Asís recibió los estigmas. Lo que encontré en esa montaña me inquietó en una manera profunda y hermosa: la sencillez, la paz, el ritmo de la oración de los frailes, la fiereza de la pura naturaleza y la fiereza aún más grande – impresa en la carne del santo – del amor de Dios. Todo esto formó otra nota en esa sinfonía que me llamaba sin cesar desde lo conocido hacia... algo más profundo, más grande... “más.” (*Pero ¿qué?*)

Dos meses después, en agosto de 2015 (el primer día del año escolar), asistí a una misa en honor de Santa Filomena en mi parroquia. Mientras me quedaba en el patio después de la misa, admirando la puesta de sol, el diácono permanente se acercó y derrumbó mi mundo.

“Estás discerniendo tu vocación. ¿No es cierto?”

La pregunta era tan inesperada, que casi balbucí al responder. No había especificado una vocación religiosa, pero supe ya al instante qué quería decir esto, y que la respuesta era *sí*. Hubo una revolución dentro de mí, y con esa sola palabra, *Vocación*, todo se cristalizó. *Sí*. Eso es lo que estaba haciendo. Eso, de alguna manera, era lo que siempre había hecho. En medio de muchos otros talentos e intereses, siempre había sentido **la necesidad de darlo todo, de manera radical, a Dios**. Cuanto más pensaba en su pregunta, más tomaba sentido la persona que siempre había sido. *Tal vez es por eso que tantas cosas buenas se me han vuelto insustanciales, tal vez por eso, a pesar de tener “todo”, siento que vivo la vida de otra persona en lugar de la mía. Tal vez es por eso que tengo este anhelo implacable por algo “más”, esta inquietud cuando pienso en San Francisco, este sentido de urgencia cuando escucho las palabras de Jesús al joven rico...*

El primer signo de confirmación

Recuerdo que traté de enseñar al día siguiente, pero era más distraída y emocionada que la primera vez que un chico me invitó a salir en una cita. *¿Podría ser? ¡Imagínate que Dios quisiera que yo fuera Suya de una manera tan especial!* ¡Una vocación religiosa! Por un lado, me emocionó, y se abrió una puerta a un mundo que no sabía que podía existir para mí; por el otro, ya veía desde lejos (y tenía miedo por ello) el dolor que causaría a mi familia y a mí al separarme aún más de ellos. No me atreví a compartir con nadie este secreto tan íntimo y tan recién concebido. Por prudencia y por miedo, quise dejar la vocación madurarse sin la oposición de mi familia protestante ni la emoción de mis amigos católicos.

Tres semanas después, el primer fin de semana de septiembre, hubo una Feria Vocacional de las órdenes religiosas en mi diócesis. Quería ir, pero al mismo tiempo tenía miedo... *¿Qué pasa si veo a alguien allí que conozco? ¡Mi secreto saldrá a la luz!* Así que fui a Misa, rezando específicamente que Dios continuara a guiarme en la vocación. Después de la Misa, sucedió algo inusual. Normalmente, cuando salía de la iglesia, no quedaba más nadie (ya que acostumbraba a quedarme mucho tiempo para orar), pero esta vez me sorprendió que alguien me había esperado en el jardín. “Disculpe”, se oyó una voz detrás de mí al salir: me di la vuelta y encontré a una viejita que me miró fijamente y sonrió.

“Lo siento”, me dijo, “no sé por qué siento que tengo que decirle esto...

pero creo que tiene una vocación religiosa”.

Me quedé en shock. Claro, no es raro que una viejita piadosa dijera a una joven piadosa que debería hacerse monja, pero la “coincidencia” era bastante significativa. Ella ni siquiera sabía si yo estaba casada, pues nunca me había visto en la vida, pero ese mismo día en que había ido a Misa y rezado por mi vocación en lugar de ir a la Feria Vocacional, me había visto de lejos y me había esperado afuera solo para decirme eso.

El encuentro con la comunidad

Este signo me animó a seguir adelante en el discernimiento vocacional. Rápidamente hice citas para hablar con el vicario de la parroquia y luego con el director diocesano de vocaciones, pero ambos me aconsejaron que siguiera en oración para la vocación. Por nueve meses más seguía así: enseñando, asistiendo a misa diaria y dedicando cada vez más tiempo a la oración y a la adoración, esforzándome de comprender si mis propios deseos, junto con las “coincidencias” que me acompañaban, indicaban la llamada de Dios. Al fin del año escolar, la directora diocesana de las vocaciones femeninas me sugirió que le pidiera al párroco de mi parroquia que fuera mi guía espiritual... ¡el mismo que yo había querido pedir como guía ya durante seis meses! Tan pronto como comenzamos la dirección espiritual, mi progreso de discernimiento se aceleró.

Quería conocer una variedad de órdenes religiosas, así que durante los siguientes ocho meses visité varios conventos muy diferentes: Clarisas de clausura, Franciscanas de vida activa, Dominicas de vida activa, Dominicas de clausura. Algunas eran perfectas para mí “en teoría”, y todos eran muy bellos, pero no encontré la paz en ninguna.

En el período de Navidad de 2016-2017, escuché un anuncio en la estación de radio católica para un sitio web destinado al discernimiento vocacional. Lo busqué, y vi que tenía una página sobre órdenes religiosas. Mientras me desplazaba por una lista enorme de congregaciones, una en particular me llamó la atención: los *Pequeños Frailes y Pequeñas Hermanas de Jesús y María*. Fui a su sitio web y me intrigaron las fotos; ¡parecía que San Francisco de Asís había aparecido con sus frailes en el día de hoy! Irradiaban una alegre pobreza y un amor fraterno que parecía demasiado bueno para ser verdad. La radicalidad me fascinó: *¿quiénes son éstos?*, pensé... *andan en estos hábitos como saco, evangelizan, hacen autostop, no usan dinero... ¿Puede ser real?* No podía quitármelos de la cabeza. Consulté con mi guía espiritual y, a principios de enero de 2017, me puse en contacto con la comunidad. La visité el primer fin de semana de febrero y, a partir de entonces, no busqué otra comunidad, pues ya había encontrado aquella que respondía a mi necesidad de radicalidad y a mi amor por San Francisco con un esfuerzo sincero de vivir el Evangelio al 100%. En junio, regresé para vivir una experiencia de quince días con la comunidad, y el 15 de agosto de 2017 (la solemnidad de la Asunción, y el día después de cumplir 28 años), fui a Luisiana de nuevo para empezar el Aspirantado con las *Pequeñas Hermanas de Jesús y María*.

“¿Cuál rollo?” – Un signo para el Postulantado

El Aspirantado de seis meses con la comunidad se enfoca particularmente en discernir la voluntad de Dios con certeza. Durante este período, estaba rezando para entender si Dios quería que entrara en el Postulantado con la comunidad (el cual, dado que Aspirantado dura seis meses, comenzaría **el primer día del séptimo mes**). Un día – el 5 de octubre, día después de la fiesta de San Francisco – me vino a la mente una escena del Antiguo Testamento donde el profeta Elías se inclina en oración y envía a su siervo siete veces para buscar una nube de lluvia (1 Reyes 18). Fusioné esa escena en mi mente con otras donde Dios le da a un profeta un rollo para que lo coma (Ez 3,1ss; Ap 10,8), y escribí esta oración: *“Señor, yo [me inclino en oración] y, como Elías, le digo a mi alma: 'Sube y mira lo que puedes ver'. Y aunque haya vuelto seis veces sin decirme nada, concédeme que te la envíe la **séptima** vez, y conozca tu voluntad. Tengo hambre de esto, Señor: del mandamiento, de la claridad: 'Toma **este rollo**, hijo de hombre, y no otro'”*.

Momentos después, entré en la capilla del convento y vi el misal. Pensé, *“¿Y si este es mi 'rollo'? ¿Y si encuentro la respuesta aquí?”* Así que me arrodillé y leí las lecturas del día. Me sorprendió lo que leí: **“El primer día del séptimo mes, el sacerdote Esdras presentó la ley ante la asamblea... [y] abrió el rollo para que todo el pueblo lo viera... Esdras leyó claramente del libro de la ley de Dios, interpretándolo para que todos pudieran entender lo que se leía... Y dijeron: 'Vayan, coman alimentos ricos y beban bebidas dulces... porque el día de hoy es santo para el Señor. No estén tristes...’”** (Nehemías 8). Además de las referencias al **primer día del séptimo mes** (que sería el primer día del postulante) y al **“rollo”** por el que acababa de orar, me llamó la atención (entre muchas otras cosas) que Esdras leía e interpretaba la Ley de Dios para que todos pudieran entenderla: solo dos días antes, uno de los frailes me había dicho que uno de los mayores objetivos de esta comunidad es lo de explicar la fe católica de manera clara y precisa.

Seguí leyendo, y descubrí que la otra parte de este “rollo” en el Misal, el Evangelio del día, era del capítulo 10 de San Lucas, donde Jesús envía a sus discípulos a evangelizar sin llevar nada para el camino: ¡precisamente el pasaje citado por la Regla

primitiva de esta comunidad, y un pasaje clave para este estilo de vida y carisma particular! (Mucho tiempo después, me enteraría de que esta misma Regla tiene en su portada una imagen de un grande **rollo**.)

Animada por estas lecturas y otros signos, seguí mi camino con la comunidad, y el 22 de febrero de 2018, la fiesta de la Cátedra de Pedro, empecé el postulanteado con las *Pequeñas Hermanas de Jesús y María*.

Más arriba y más adentro...¹

Ciertamente no me faltaron dificultades en los primeros años de comunidad al hacer el cambio del “mundo” a la vida comunitaria, el cual se me complicó aún más por mis propias inseguridades. Me enfrenté a los desafíos de integrarme con hermanas y hermanos de formación académica y cultura muy diferente a la mía, mientras empezaba a dismantlar la fachada imperturbable (o hasta bulliciosa) que había construido durante toda la vida para ocultar mi verdadera sensibilidad y vulnerabilidad. Tuve que reconocer y comenzar a deshacer la autosuficiencia que me había servido bien en cuanto adulto independiente en el ámbito laboral, pero ahora me impedía tener la humildad de dejarme ayudar. También luché por entender el sentido de las cosas buenas de mi pasado: en particular, el mundo académico que había dejado atrás y que aún atraía mi corazón, aunque sabía que no podía satisfacerlo.

Gracias a la gracia de Dios, mi buena voluntad y la paciente y amorosa ayuda de mis hermanas y hermanos, he avanzado mucho en este camino, hasta experimentar realmente la gracia y la fraternidad que son tesoros tan preciosos de esta familia religiosa. Aquí he encontrado la misericordia, la amistad auténtica y un verdadero significado para mi vida de una manera anteriormente desconocida. Para parafrasear algo que dijo nuestro fundador, Fray Volantino, es cierto que he estudiado muchas cosas buenas y hermosas en el mundo, y podría haber estudiado y tenido éxito en muchas más... pero ahora estudio lo único que realmente importa: **cómo resucitar de entre los muertos**. Esta esperanza de la Resurrección – con un cuerpo perfecto, glorioso y joven para siempre, como solemos decir en la comunidad – es la “buena noticia” que Jesucristo me ha pedido dar mi vida, junto con la suya, para ganar... para mí y para muchas otras personas.

A medida que he caminado con estos hermanos y hermanas, a través de las alegrías y desafíos de la vida comunitaria, a través de las aventuras de peregrinaciones en autostop y misiones parroquiales, a través de los numerosos rosarios meditados en iglesias y casas, y sobre todo, a través de nuestro esfuerzo por vivir el Evangelio en la vida cotidiana, Dios va cumpliendo siempre más la promesa de mi tercer nombre: **Alegría**. Como recuerda Fray Volantino, nuestra alegría (como dice el Salmo) está en la voluntad de Dios (cf. *Salmo 119,16*).

Gracias a Dios que Él, a través del humilde valor y fidelidad de Fray Volantino y a través del luminoso testimonio de mis hermanas y hermanos en la comunidad, me haya dado la oportunidad de vivir mi llamado a dejarlo todo atrás y seguirlo cada vez más plenamente en esta familia de los “Pequeños”.

Te pido una oración... y reza por ti, que tú, querido lector, puedas realizar plenamente el proyecto de Dios para tu vida; que un día puedas explotar de la tumba hacia la alegría infinita de la vida eterna; que *tú* te vuelvas *un gran santo*.

*Sr. Eliora Maria Joy
(Jessica McCaleb)*

*28 octubre de 2023
Fiesta de San Simón y Judas, Apóstoles
Matamoros (Tamaulipas, MX)*

¹ Cf. C.S. Lewis, “*La Última Batalla*”